

## Tras las huellas de Greene

Catherine Rendón

*En febrero de 1938, el novelista británico Graham Greene tomó el tren de San Antonio, Texas, a México. Recorrió el norte del país, una zona más industrial, donde conoció al rebelde potosino, el general Saturnino Cedillo. Greene quería conocerlo porque él había permitido que la Iglesia Católica, a través de Acción Católica, sobreviviera los difíciles años callistas.*

Greene no vino a México como turista: no quería ver ruinas ni conocer a los muralistas. Venía en una misión personal, que estaba vinculada a una constante búsqueda de la fe. En Inglaterra había oído hablar del padre Pro y de los cristeros, pero no había conseguido apoyo para escribir sobre la persecución de los curas y sus seguidores por parte del gobierno. Hacia 1938, lo peor ya había ocurrido, pero Greene estaba decidido a descubrir más acerca de lo que les había ocurrido a sacerdotes y feligreses.

La capital mexicana con su *art déco*, sus clubes nocturnos, sus atractivas y espaciosas avenidas no causaron en Greene gran impresión y se sintió feliz de poder salir en el tren matutino rumbo a Veracruz. Su destino: el Tabasco de Garrido Canabal, donde había oído que aún existían pequeños grupos que promovían actividades anticlericales. De Veracruz pensaba tomar un barco hacia Frontera y Villahermosa, y desde allí partir hacia San Cristóbal de las Casas para Semana Santa. Greene no hablaba español ni tenía particular interés en conocer a la gente de aquí. Él venía con preocupaciones propias y lo que buscaba era una historia, una escena, que le revelara el peso de la pérdida de la fe o la prohibición de la práctica religiosa.

Greene estaba casado, tenía dos hijos y había publicado varios libros. Su espíritu indomable había resentido la vida doméstica y también el juicio que le hiciera Shirley Temple, de quien había escrito una reseña muy desfavorable. A Greene le urgía salir de

Inglaterra —*get bloody out of England*— y, por este motivo, México cobraba fuerza en su imaginación.

Como crítico de cine, Greene tenía una aguda percepción visual. No es de extrañar, entonces, que en su trabajo periodístico, como en sus primeras novelas, predominan las imágenes. Su viaje por la capital mexicana y por Veracruz se resume en unas cuantas páginas magras, aunque exactas. Su prosa tiene la precisión de una cámara que fotografía implacablemente y no se deja ganar por la emoción.

Durante la época de Greene, el ferrocarril estaba en su apogeo. Hoy, la línea Jarocho es una de las últimas que quedan con rumbo a Veracruz. Los trenes ya no salen de la estación de Buenavista, otrora de una elegancia y solemnidad clásicas dignas de una gare francesa, sino de una estructura plana y moderna, de los años sesenta, que recuerda la estación de Roma. Sobre los pisos de mármol opaco se alzan vitrinas que contienen viejas máquinas de escribir y aparatos para registrar boletos. El lugar emana un aire desolador y espectral.

Subir al tren 9303, buscando seguirle los pasos a Graham Greene, fue caer en una especie de trampa del tiempo. Al salir de la estación, uno de los vendedores que Greene había descrito en su propio viaje apareció como si le hubieran dado una señal. Vendía píldoras y ungüentos. Sonrió al hablar de los poderes curativos que su medicina tenía sobre hernias y verrugas. A lo largo de todo el viaje, la procesión de vendedores fue incesante: morralitos, pulque, cómics y *westerns*, además de las interminables canastas de nueces, panes y dulces. Todo por menos de diez pesos. Cuando los músicos suben, les prestan tanta atención como el público en un concierto. Después de cada pieza aplauden educados y les dan una moneda o dos en agradecimiento.

El primer músico que subió, traía una guitarra vieja y destartada. Ya no era joven, y aunque su cuerpo daba la impresión de fortaleza, se trataba de una mera ilusión óptica. Su traje parecía café, pero visto de cerca era gris con rayas rojas. El hecho de que no podía cantar no importaba, el público estaba más que dispuesto a aplaudirle. Al rato, subió otro señor que, con un par de maracas rojas, improvisaba canciones sobre la marcha. Ya en la costa, el amor y la traición perdieron gravedad y ganaron ligereza. El tren, entre los cañaverales, parecía un insecto caído de una palmera.

A nadie se le ocurriría comparar a un tren con una iglesia ni a un conductor con un cura, pero cuando uno le sigue la pista a Graham Greene estas cosas no resultan tan peregrinas. El tren sigue teniendo sus devotos y los conductores son por todos conocidos a lo largo de las vías. Nuestros dos conductores son tan distintos el uno del otro como las estaciones: uno es formal y revisa concienzudamente cada boleto bajo el cristal de sus anteojos; el otro, Juan, es más relajado y se la pasa charlando y bromeando con los pasajeros.

Su hija y su nieto van rumbo a Orizaba, pero esto no impide que Juan le dé la mano a una mujer madura. En un lugar alto y aislado, llamado Esperanza, donde los vendedores suben con canastas de manzanas, un señor regaña a Juan sobre la plataforma. Le dice que si sigue tomando será sólo cuestión de tiempo. Juan entra al vagón como quien ha perforado en su vida demasiados boletos o como un cura que ya no quiere dar otra misa y reconoce que es sólo cuestión de tiempo, antes de que le caiga encima su propio templo. A pesar de esto, Juan se sienta con su novia otro ratito y le da un beso. [...]

Fragmento del texto publicado en *Luna Córnea 15. Trayectos*  
México, Centro de la Imagen/Conaculta, 1998.